

Estaciones

S. Abraján



S. Abraján



Archivos
interminables

Capítulo 1

Primavera I

En mi continuo camino por la existencia heme frente a un nuevo mundo que en ciclos giraba a su estrella. Forjé amistad con un espíritu que, ante mi ignorancia y curiosidad sobre su mundo, ofrecióseme de guía durante una de las vueltas que su planeta daba a la estrella. Fue así que escudados en nuestra inmaterialidad, a fin de no interceder en las dinámicas de cuantos seres nos encontráramos, me sumergí una vez más en la contemplación de otra realidad.

Hallámonos luego frente a un territorio lleno de altas y gruesas formas de vida que, sea por falta de voluntad o por extrema paciencia y sapiencia, se erguían inmóviles y a merced de las fuerzas externas de su mundo. Carecían de cabeza pero tenían incontables brazos, de ellos brotaban placas generalmente verdes que atrapaban los vientos y daban la ilusión de que se agitaban a voluntad. No les vi los pies, pero mi guía me dijo que éstos se hallaban escondidos bajo el suelo y que con ellos se alimentaban.

Mi guía continuó hablando del modo siguiente:

“Esos seres llamados árboles están apenas despertando. Estamos en la estación en la que la vida vuelve a surgir de la nieve, que alrededor ves derritiéndose. Observa que ahí en las puntas hay estructuras abultadas; dentro de poco se abrirán y se convertirán en flores.”

Y fue así que conforme pasaban los días pude apreciar cómo de aquellos bultos parecía abrirse una boca en cuyo interior había colores y olores encerrados. Al mismo tiempo otras formas de vida también salían de sus hogares bajo tierra; otras vivían en los árboles o simplemente andaban por el suelo durmiendo en cualquier parte.

Dijo mi guía:

“Esos seres son llamados animales. Son puro instinto con mínima razón. Ese instinto les hace reunirse ahora, pues es para muchos su tiempo de reproducción.”

Y yo, que ignoraba, me pregunté por qué había de suceder dicho proceso.

“Esta realidad tiene un ciclo infinito de vida y muerte. Todo el tiempo los seres vivos cesan de existir, y si no los reemplazan otros nuevos, se extinguen. Quiso esta realidad que para reproducirse fueran necesarios dos especímenes, uno que produzca la semilla y otro que sea el suelo fértil. De la unión de ambos sale la nueva vida.”

Poco a poco empezaron a aparecer más de esos seres que tenían que juntarse entre sí para formar más de ellos. Me llamaron la atención aquellos que se desplazaban por el aire, saltando entre los árboles, persiguiéndose y bailando. Uno de ellos tenían unos largos látigos rojos semitransparentes saliéndole de la cabeza, las plumas de sus alas eran rojas de un lado y azules del otro.

Mi guía dijo:

“Ése es un macho; ahora mismo va a intentar cortejar a la hembra para ver si puede fecundarla.”

Me pareció por lo demás curioso que el portador de la semilla tuviera que convencer al terreno fértil de dejarse fertilizar, pues los árboles ni siquiera se movían y, según me habían contado, también tenían que unirse entre sí. Mi guía se rió ante mi observación y contestó:

“Los árboles no son quisquillosos; los animales sí. El terreno tiene que asegurarse de que sólo recibe la mejor semilla, o los frutos podrían no ser tan fuertes.”

Siguió intentando explicarme de manera que pudiera entender, y mientras tanto, el mismo animal empezó a mover rápido la cabeza de arriba abajo, de manera que los látigos golpeaban las hojas del suelo con un fuerte ruido silbante, y a la vez alternaban entre las plumas rojas y azules de sus alas. Explicóme mi guía con gran paciencia que la hembra escogía al macho que moviera las plumas de las alas más rápido y que hiciera más ruido con los látigos de su cabeza, por alguna razón esto parecía indicarle, a través de una memoria ancestral, que el fruto que surgiría de la semilla de ese macho sería más fuerte y con más probabilidades de sobrevivir, y así pues se dejaba fertilizar si quedaba impresionada o lo rechazaba si no.

Vi a otra de esas aves, como se llamaban, rascando la tierra con sus largas garras para crear un pequeño agujero y luego lo rellenaba con hojas y ramas. Fue para mí curioso que en su ritual utilizara pedazos muertos de los árboles sin pudor alguno, no reconociéndoles el haber estado vivos en algún momento y no ofreciéndoles reverencia alguna. “La muerte es tan natural como la vida, así que poco les impresiona y rápido se acostumbran a ella”, dijo mi guía.

Esa ave siguió llenando el agujero hasta que llamó la atención de la hembra, entonces empezó a cantar y aletear alrededor del agujero lleno de hojas y ramitas, saltando de lado a lado mientras la hembra lo examinaba.

“Está evaluando si es un buen lugar para poner sus huevos. Examina la profundidad del hoyo y que la distribución entre las hojas y las ramas sea buena. Le gusta que las hojas estén lo más frescas posibles y que se confundan con el suelo.”

Tras un largo rato, la hembra pareció acceder. Entonces ambos se aparearon, y mi guía me permitió observar de primera mano cómo el macho depositaba su semilla en el suelo fértil de la hembra. Ahí, en el fondo de su cuerpo, una estructura empezó a crecer, y dentro de ésta una versión en miniatura del ave se formó, luego apareció una segunda y una tercera. Poco después, la hembra dejó salir dichas estructuras en el fondo de ese pozo lleno de hojas. Eso debía ser lo que mi guía había llamado huevo.

Dado que había que esperar, me entretuve viendo a otros de esos animales. Uno de ellos era enorme y caminaba a cuatro patas; su piel era rugosa y amarillenta, lanzaba ruidos graves que llegaban lejos y asustaban a las aves; se alimentaba de la piel áspera de los árboles y de las hojas. Tenía una protuberancia corta que salía de su nariz, la cual se

bifurcaba en el medio, una parte se curvaba hacia arriba y la otra hacia abajo. Pregunté a mi guía si a los árboles no les dolía que los despellejaran de ese modo, y me respondió:

“Los árboles están tan acostumbrados al dolor que nunca se han quejado.”

Entonces apareció otro de esos animales, una hembra, la cual carecía de esta protuberancia en la nariz, pero cuando el macho se disponía a fertilizarla otro macho apareció. Ambos rugieron el uno hacia el otro, se golpeaban con las cabezas y con esas pequeñas y duras protuberancias de las que la hembra carecía.

“Así como las aves bailaban, estos animales gigantes pelean entre sí para ver quién fertiliza a la hembra. Ésta esperará a un lado al ganador, pues éste habrá sido más fuerte y por ende engendrará hijos más fuertes.”

Tras varias horas de pelea, el macho recién llegado ahuyentó al otro, y éste salió corriendo. Entonces fertilizó a la hembra, pero no vi que ésta produjera huevos como la hembra ave.

“Estos animales no ponen huevos”, dijo mi guía, “la cría crece en el cuerpo de la hembra, y en unos meses lo expulsará ya formado.”

Vimos entonces a unos animales con un apéndice posterior muy largo que usaban para columpiarse entre los árboles. Hacían mucho ruido y parecía que se iban a arañar o morder entre sí. Los machos eran robustos y de pelaje brillante; sus colas tenían una punta muy roja que movían de un lado al otro sobre su cabeza mientras enseñaban los dientes a sus rivales. A diferencia de los machos anteriores, éstos no peleaban, sólo se gritaban y agitaban las puntas rojas de sus colas. Finalmente uno de los machos salió corriendo, las hembras se acercaron al ganador y empezaron a aparearse. De pronto otro animal salió de detrás de unos árboles más pequeños que crecían cerca del suelo. Era cuadrúpedo, de cuerpo esbelto y grueso, con una cola larga llena de puntos negros, el resto de su pelaje era gris. Con sus largas garras hacia adelante, saltó sobre el macho mientras éste se apareaba con la hembra y las hundió en su cuerpo, el macho chilló e intentó arañarlo, pero los enormes colmillos de la bestia se clavaron en su garganta y lo acallaron para siempre. Las hembras salieron corriendo sin dejar de chillar horriblemente, intentando ahuyentarlo, pero el depredador no se inmutó y empezó a devorar a su presa. Me sentí triste que el pobre macho ni siquiera consiguió fertilizar a la hembra antes de morir.

“Ese animal, que es un felino, también se debe preparar. Es una hembra y está buscando un macho que la fertilice. Mientras lo encuentra, tiene que alimentarse bien.”

Mi guía me sugirió entonces seguirla por un tiempo hasta que encontró a un macho de su especie. Ésta empezó a atacarlo apenas lo vio. El macho soportó arañazos y mordidas durante un rato, pero eventualmente pareció enojarse y se arrojó sobre la hembra. Creí que iba a clavarle las garras y los colmillos en el cuerpo para matarla, pero no hizo más que mantenerla quieta contra el suelo mientras ésta intentaba zafarse. Tras varias horas, y al darse cuenta de que el macho no la soltaría, la hembra finalmente se recostó en el suelo y se dejó fertilizar.

“Esta especie de felino está hecha para matar. La hembra sólo se deja fecundar con el macho que sea más fuerte que ella. Si las heridas lo hubieran hecho huir, ella lo habría perseguido y atacado hasta matarlo, pues su especie no necesita semilla débil.”

Poco después, las protuberancias de los árboles que ya han sido mencionadas empezaron a abrirse y se convirtieron en lo que mi guía llamó flores. Como ya me lo esperaba, eran un cúmulo de olores y colores que adornaron las ramas de los árboles, y de ellos brotó un abundante polvo que el viento rápidamente se llevaba. Esas flores también producían un jugo que atrajo a otros pequeños animales que volaban, éstos se alimentaban de esos jugos y pasaban a otras flores, y luego a otros árboles, así por todo el bosque.

Explicó mi guía:

“Esas flores no son más que apéndices para reproducirse. Las esporas que emiten son como la semilla que los animales machos expulsan en las hembras. Pero como la realidad no les ha dado la libertad del movimiento, dependen de que el viento haga caer la semilla en el suelo fértil. Esos pequeños animales que se alimentan de los jugos también les ayudan sin saberlo a transportar sus semillas.”

Seguí observando con cuidado las dinámicas para mí extrañas que había designado esa realidad a fin de propagar la vida. No fue sino hasta tiempo después, cuando vi a las aves salir de sus huevos, a los mamíferos recién salidos de la hembra y a los nuevos retoños de algunas plantas, que finalmente empezó a tener sentido toda la complejidad de lo que había presenciado. Pero esa realización provino principalmente de ver cómo entre los animales se llevaban a cabo matanzas contra esas crías antes de tener la oportunidad de defenderse. Vi a algunos padres comerse a las crías que nacían enfermas o deformes; las madres aves soltaban a estos polluelos de los nidos o los dejaban morir de hambre. Vi a una criatura sin miembros arrastrarse hasta uno de esos nidos en el suelo que ya he mencionado y tragarse a una de las crías de esa ave con látigos en la cabeza. Entendí que lo complicado del apareamiento, como llamó mi guía a todo ese proceso, no era sólo por el deseo innato de incrementar su número, sino que todos y cada uno de esos seres vivos, sin saberlo, eran parte de un juego de la naturaleza en el que tenían que reproducirse más rápido de lo que la realidad los asesinaba.

“Muchos no lo consiguen”, contestó mi guía a mis comentarios, “millones y millones de formas de vida han habitado este planeta, y sólo un puñado de ellas siguen vivas entre nosotros. Llegará un momento en el que algunas no puedan reproducirse antes de morir, y entonces ya no estará más. Cada una tiene confianza de que sus estrategias de reproducción les garantizarán que sus descendientes puedan seguir existiendo por miles y miles de años. Algunos, como las plantas y árboles, apuestan por la enorme cantidad de hijos potenciales esperando que al menos un puñado salga a la luz. Algunos animales apuestan por mantener los estándares muy elevados o muy bajos en la siguiente generación. A todos les funciona por ahora, pero no sabemos por cuánto tiempo así será.”

Todo comienzo de la vida, la menos en esa realidad, es siempre la

antesala de la muerte. Me dio tanta pena pensar que, si algún día decidiera volver a visitar ese mundo, alguna de las extraordinarias criaturas que he atestiguado hasta ahora podrían ya no existir.

Capítulo 2

Primavera II

Me llevó mi guía hasta los pies de un enorme grupo de montañas. Los vientos aún tenían algo del frío que bajaba de la cumbre; pero por dónde nos paseábamos, el aire lleno de tibios rayos del sol soplaba entre las nuevas plantas. Éstas iban al ras del suelo y me dio miedo pisarlas y matarlas, mas mi guía dijo:

“No temas al lugar donde pisas, pues aún recién nacidas están acostumbradas al maltrato de los demás animales y del clima.”

Los árboles se hacían cada vez más escasos entre más salíamos de la selva y entrábamos al páramo, pero mi guía divisó un grupo de animales cerca de un río. Protegidos en nuestra invisibilidad, nos acercamos y pude apreciarlos. Caminaban en dos apéndices como las aves, pero carecían de plumas, más parecían por su forma a aquel primate que la felina devoró, sólo que eran bastante más grandes, sin pelo más que en la cabeza y en ciertas partes del tronco. A diferencia de los demás animales que había visto hasta ahora, éste estaba parcialmente cubierto por lo que al principio evalué como una capa extra de pelaje, pero al acercarme más pude comprobar que de hecho no pertenecía a su anatomía natural sino que parecía haber sido hecha de algún otro animal muerto. Además, había manipulado restos muertos de árboles y piedras a manera de utensilios cuya finalidad no me fue evidente en ese primer momento. Le pregunté a mi guía qué clase de animal era ése que se cubría con otros animales muertos y que jugaba todo lo que cayera en sus manos.

Mi guía contestó:

“Se cubren porque su piel desnuda es delicada, y ya que carecen de gran fuerza, así como de garras y colmillos fuertes, han aprendido a manipular todo lo que pueden para compensar sus debilidades. Mira esa rama a la que han atado una piedra puntiaguda, ese es el colmillo que la realidad les quitó. Mira cómo le dan vida al fuego y cuecen la carne; es así porque su capacidad de digestión es más limitada y requieren de facilitarle el trabajo al estómago.”

Por un tiempo nos quedamos junto a ellos, y los vimos creando sus nidos hechos de pieles más grandes. Algunos iban hasta los árboles y les robaban sus frutos; otros usaban sus colmillos artificiales para matar algunos animales que se desplazaban por el agua, luego los quemaban en el fuego y los comían. Había algunas crías con las madres, que los alimentaban con los bultos de sus torsos. Comenté que esas crías parecían demasiado débiles e indefensas en comparación a las otras crías que ya había visto; no podían apenas moverse ni abrir los ojos, no las podían dejar solas por un momento y se enfermaban con gran facilidad. En el breve periodo que estuvimos contemplándolos, atestigüé la muerte de al menos cinco de esas crías.

Dijo mi guía:

“La realidad les ha otorgado una mayor inteligencia y capacidad de inventiva, pero a cambio tendrán que esperar mucho tiempo para poder hacer uso de ella. Varias generaciones de aves, felinos y peces ya habrán pasado por toda su vida cuando estos apenas comiencen a ser útiles en la suya. Mira ahí, una serpiente ha mordido a una cría que ya comienza a controlar las piernas. Morirá dentro de poco, pero no habrá tiempo de extrañarla; tendrán que sustituirla con otra lo más pronto posible esperando que sobreviva más allá de la infancia. En verdad te digo que sólo un puñado de las crías que vemos ahora vivirán lo suficiente para reproducirse.”

Vi a las hembras jóvenes con sus enormes vientres abultados ensambladas junto a las hembras más ancianas y con experiencia. En su estado de precaria movilidad se encargaban de vigilar el fuego y despellejar a los peces. El niño al que había mordido la serpiente fue llevado lejos de los nidos y abandonado para ser comido por otros animales, y es aquí que pude notar que, a diferencia de las demás criaturas, su lenguaje era más preciso y de sonidos más exactos. Mi guía me permitió entenderlos, y escuchamos cómo las hembras preñadas hablaban del niño muerto y cómo la madre debía haberse dado cuenta de la serpiente antes; al parecer, no era la primera cría que perdía: una había muerto al apenas nacer, otra murió poco después de una enfermedad, y a la tercera la había matado esa serpiente. ¿Qué utilidad tenía alguien que sólo produce crías para que se mueran?

Dijo mi guía:

“Cada cría muerta fue en efecto un desperdicio de tiempo y de alimento. El parto de la hembra de esta especie está también entre los más peligrosos de todos los que hemos visto hasta ahora. En verdad te digo que una parte de esas futuras madres no sobrevivirá al alumbramiento, y algunas de las que sí lo consigan no producirán a una cría viva.”

Pero si bien esta especie tenía suficiente conciencia del mundo para saberse frágil y mortal, no podían darse el lujo de perder mucho el tiempo lamentándose por los que se iban. En pocos días ya parecían no recordar a la cría muerta.

La primavera avanzaba apacible, y ese grupo de primates por fortuna parecía disfrutar de un tiempo de pocas carencias. Siempre había algún muerto cada tanto, principalmente de alguna enfermedad u herida, pero seguía habiendo suficientes que se encargaban de mantener a la manada activa. Pregunté a mi guía qué pasará si no pudieren engendrar más crías de las que mueren todos los años, si llegare el punto en el que no hubiera suficientes jóvenes que hicieran la labor pesada para alimentar a los demás. Entendía por mi experiencia pasada que les esperaba la extinción, pero una parte de mí deseó que hubiera una pequeña esperanza de salvación.

Mi guía contestó:

“Yo he visto casos en los que los miembros de la manda se van a fin de unirse a otra a la que le vaya mejor. Si lo logran, el ciclo se repite hasta que prosperan o vuelven a quedar al borde de la extinción. Si no, simplemente se extinguen.”

No pude evitar hacer comparaciones con todas las formas de vida que había visto, y fue evidente que, pese a parecer en principio una especie de conciencia más elevada, no dejaban de estar sometidos a las mismas presiones de la realidad que las aves, los felinos o los árboles. A lo que mi guía comentó, para mi alivio:

“Hay una esperanza aún. Recuerda sus colmillos y pieles creadas con elementos ajenos a su cuerpo, así como su uso del fuego. Por ahora son los animales que más han logrado manipular su entorno y así fortalecerse, aunque de forma limitada. Puedo bien imaginarme que un día, de seguir así, no sería imposible que consiguieran manipular otros elementos del mundo para ser más fuertes, viajar más lejos, o incluso volar como las aves. Quién sabe, quizá hasta logren vivir en los océanos, más allá de las estrellas, o en otras realidades.”

Pero hasta que ese tiempo llegara, esta será la única realidad en la que pueden existir. Me hicieron recordar que incluso los míos en su tiempo estaban sometidos a una realidad, y ahora heme aquí, libre y explorando otras a mi capricho. Me pregunté si un día entre ellos podría salir una criatura que también pudiera igualar mi libertad.

Capítulo 3

Primavera III

Me condujo después mi guía por el páramo hasta que divisamos un río conectado a un lago. Había ahí reunido un séquito de otras entidades que, según mi guía, se habían detenido a refrescarse un rato en el agua.

“Son otros compañeros espíritus. Se dirigen río arriba para encontrarse con el resto, donde tendrán su fiesta. Observa que muchos de ellos se parecen a las criaturas que ya hemos visto antes, eso es porque un tiempo lo fueron, y al morir se unieron al mundo intangible al que tú y yo pertenecemos ahora.”

Nos unimos a ellos y nos refrescamos en el agua, ahí le pregunté quienes eran los otros espíritus que tenían formas extrañas o ambiguas, cuya visión no me recordaba a la de ningún ser vivo hecho de carne.

“Esos espíritus no han vivido todavía entre los entes mortales. Algunos de ellos fueron creados sin propósito para el mundo, por lo que sólo vagan como rumores en el aire, solitarios y sin poder interactuar con el resto de la creación más que en esta época, cuando tienen permiso de acompañar a los demás espíritus. A veces les es posible hacerse ver por los vivos, pero sólo por poco tiempo y confundiéndolos con alguna otra criatura. Hay otros que están destinados a nacer un día en el mundo físico, pero no saben si serán roca, flor, felino o ave, por eso existen como una mezcla de todos ellos hasta que los dioses decidan cuál será su forma.”

Tras salir del agua, caminamos a lo largo del río. Iban algunos entonando cantos a los dioses; los que ya habían vivido pedían prosperidad para su especie, que los huevos y las crías de sus descendientes estuvieran a salvo y que crecieran fuertes. Vi a muchos espíritus que se veían similares a varios de los animales que ya había visto, pero con muchas diferencias notables, a lo que dijo mi guía:

“El ciclo de la vida y muerte es muy antiguo, tanto así que los antepasados de las criaturas actuales no son iguales, pues vivieron en un diferente mundo y estaban por ello adaptadas a aquél. Sus descendientes han cambiado, sea de tamaño, sea de color, sea de hábitos o incluso de piel y de forma. Pero de todos modos siguen orando por ellos para que los dioses les permitan adaptarse mejor y no extinguirse. Mira, escucha a ese de ahí, está llorando porque su linaje se ha terminado: ya no tiene descendientes vivos.”

Entre ellos también escuchamos que algunos espíritus del pasado se ufanaban de que sus hijos siguieran vivos y prosperando, y hablaban de cómo estaban seguros de que iban a sobrevivir más que otras especies, pero no había rivalidad en el tono de esos espíritus pacíficos, pues en su estado de comprensión de su mundo sabían que algunas circunstancias eran indiscutibles y que sólo los dioses sabían quiénes iban a vivir por los siglos de los siglos.

Me acerqué a un espíritu que parecía un ave enorme, con algunas plumas,

con cola y dientes enormes. Iba entonando memorias de sus viejos tiempos, de un mundo más cruel y sangriento, donde casi todos sus compañeros le temían y le consideraban una de las criaturas más perfectas, y reflexionó sobre el futuro de sus hijos, que ahora volaban por el cielo, y se preguntó si la grandeza de su estirpe se había perfeccionado o entorpecido, si en esa forma tan poco imponente los dioses le habían castigado su arrogancia, pero al mismo tiempo habían tenido compasión por permitirles continuar con vida. Sólo se mostraba orgulloso de su descendiente moa, que más a él se le asemejaba cuando vivía. Caminamos así hasta llegar a una enorme cascada a los pies de una montaña. Ahí nos recibieron los demás espíritus entre los que se encontraban muchos como los que ya he descrito, pero también otros que más parecían luces que revoloteaban formando halos de colores en el agua de la cascada.

“Esos espíritus pertenecen a mi estirpe. Son las conciencias sin cuerpo que aparecen espontáneamente en el universo, como si fueran pequeños dioses menores que no tienen más poder que el de explorar y aprender de la creación.”

Cuando nos instalamos entre ellos, varios espíritus vinieron a recibirnos, y al verme a mí, mi guía les explicó mi naturaleza de viajero entre universos, por lo que se sintieron curiosos y me preguntaron cómo era la realidad en mi mundo y qué me parecía hasta ahora la del suyo.

Me contaron además varios aspectos interesantes de la historia de su universo. Al principio sólo existía el dios Áikan, que era la única conciencia flotando en la nada. Se dedicaba a crear universos y observarlos mientras los dejaba al cuidado de otros dioses, que también creaba para ese propósito. Al crear ese universo designó a un dios que decidiera cómo configurar la existencia y sus detalles, y éste había elegido las leyes que gobiernan a la vida y a la muerte, a los vivos y a los espíritus, esperando que esto complaciera a Áikan, quien algún día, en un futuro muy lejano, volverá para evaluar cada universo y escoger cuál es más de su agrado, y cuando encuentre uno decidirá encarnarse en él y así vivir entre sus creaciones. Aquí otro espíritu interrumpió para objetar, pues en su conocimiento no sería el universo que más le agradare en el que se encarnaría, sino en el peor y más caótico, a fin de aprender a superar las limitaciones de su libertad y ser así más humilde. Otro espíritu objetó que la elección del ese universo sería totalmente al azar, y otro más que todos se equivocaban y que nunca se encarnaría.

No obstante, todas esas discusiones no obstaculizaron la festividad que a nuestro alrededor tomaba lugar. Había ahí alimentos que las almas de los mortales habían consumido cuando vivían, pues aunque no la necesitaban se les permitía volver a probarlas para recordar sus tiempos en vida.

También podían volver a copular entre las mismas especies, dormir y en general disfrutar cualquier otra actividad que en su tiempo les dieran aunque sea un poco de placer.

En un momento de la fiesta se nos unió otro espíritu. Era similar a los simios que manipulaban palos y se vestían con pieles de otros animales. Se acercó con timidez, como si no comprendiera del todo lo que estaba

pasando, y fue recibido por los espíritus de luz, quienes lo condujeron al centro de la cascada para purificarlo.

Dijo mi guía:

“Éste hace poco que ha abandonado la vida. Está desconcertado porque es el único de los espíritus que cuando estaba vivo sabía que iba a morir y se preguntaba si habría algo después. Ahora que sabe la verdad, querrá volver con los suyos a contarles. Pero será mejor que no, pues cualquier especie que sepa que en la muerte hay más paz que en la vida querrá venir aquí cuanto antes y no se preocuparía por sobrevivir, o al menos viviría sin apreciar tanto la vida por estar anhelando el mundo de los espíritus.”

Me quedé un rato contemplando a ese espíritu recién llegado y cómo se relacionaba con los demás, sin duda relatándose sus historias y contándose las interacciones con los descendientes de los espíritus antiguos, y poco a poco pareció aceptar que aquella realidad física en la que había vivido no había sido más que un sueño o una ficción en ese nuevo mundo de espíritus.

No me quedó más que imaginarme que un día, ese espíritu recién llegado se volvería también un espíritu antiguo que contemplaría a sus descendientes, espero que con orgullo y no con tristeza.

Le pregunté a mi guía si había algo más después del mundo espiritual, si todos estos espíritus existirían aquí infinitamente o si éste no era más que otro escalón en el camino de la realidad.

“No hay nadie que sepa eso. Si hay algo después de esto, no lo sabremos hasta que el dios Áikan haya decidido ponerle fin a este universo. Si los espíritus desaparecerán para siempre o despertarán en otra realidad, te toca a ti imaginarlo, viajero.”

Capítulo 4

Verano I

Me llevó mi guía a una región llena de arena hasta donde alcanzaba la vista. Muy atrás dejamos los bosques frondosos y los pastos verdes del páramo, ahora nuestros pasos eran ásperos sobre el suelo seco. Arriba de nosotros el sol dejaba caer el peso de sus rayos como lanzas. En mi curiosidad por experimentar, pedí a mi guía que me permitiera sentirlos impactar contra mí, y así sentí por primera vez cómo los átomos de ese mundo vibraban con agitación extrema, produciendo sensaciones incómodas y dolorosas en mi cuerpo poco acostumbrado a las disposiciones de esa realidad. Caminé así, ardiéndome en todas direcciones, soportando el golpe de los átomos exaltados.

Mi guía me detuvo para descansar, viendo que lo novedoso del clima se llevaba mis energías con facilidad, y dijo:

“En este mundo los balances son escasos. Ha querido la realidad que sólo un rango muy delgado en la escala de la temperatura sea agradable y eficiente para las formas de vida, mas no por eso pienses que por ello este es un lugar vacío, sino que tan sólo es diferente, y al ser así, su vida también lo será.”

Pregunté intrigado si en serio ahí encontraríamos algún otro ser vivo, pues por más que miraba por todos lados, no me imaginé a ninguno haciendo su hogar en aquella arena árida.

“Es verdad que el mundo no es amigable para la vida en general, pero ésta es tenaz, y se aferra a cualquier descuido de la realidad para plantarse firmemente en ella. A veces la realidad se asombra de su valor y la deja vivir; otras veces no tiene reparos en hacerse aún más dura y acaba obligándolos a adaptarse.”

Seguimos nuestro camino, y en algún momento escuché un ajetreo en el cielo: uno de esos seres llamados aves se zambulló volando directamente sobre la arena, levantando una muralla espesa de polvo mientras se revolcaba. Cuando todo se aclaró, vi que en su pico había un ser alargado y sin patas, que de inmediato sirvió de comida para esta ave. Nos quedamos a contemplarla mientras terminaba, y mi guía volvió a comentar:

“No muchos seres viven aquí, pero los que lo hacen tienen que aprovechar todo cuanto esté a su alcance. Esa ave es en realidad de las pocas que quedan en este desierto; están a punto de extinguirse. La razón es que se han especializado tanto en alimentarse de esas serpientes venenosas que se han vuelto su alimento principal. Hace miles de años, cuando dichas serpientes abundaban en el desierto, era una gran ventaja poder alimentarse de ellas y ser inmune a su veneno, pero ahora la población de serpientes está disminuyendo cada vez más rápido, y por ende esa ave cada vez encuentra menos comida. Si nada cambia, el desierto seguirá vaciándose de vida.”

Continuamos nuestro camino hacia el corazón del desierto.

Esporádicamente logré divisar alguna otra forma de vida, casi todas muy pequeñas que vivían en agujeros en el suelo, y que cuando cayó la tarde y empezaba a anochecer salieron a refrescarse. Uno de estos seres, que mi guía llamó lagarto, tan pronto como se hizo presente empezó a devorar a esos pequeños animales, llamados insectos, y a pesar de que éstos se defendían ferozmente con sus agujones y tenazas, el lagarto se los tragaba sin dolor alguno.

Cuando la noche cayó, los átomos se calmaron demasiado, tanto así que ahora su baja movilidad me hizo temblar, y el inicial alivio por dejar de sentir las lanzas del sol se volvió un deseo de volver a sentirlo, a lo que comentó mi guía:

“Los extremos son lo normal en este mundo. Aquellos que hayan nacido aquí tienen que vivir con ambos, y si alguno de esos extremos llega a desaparecer, o si la realidad lo mueve todo hacia el centro, sería para ellos una catástrofe.”

Varios días caminamos así por el desierto. Vimos también algunas plantas que luchaban contra la escasez de agua a su modo, preguntándome por qué se empeñaban en seguir viviendo lejos de ella, a lo que mi guía contestó:

“La realidad de este mundo no te permite elegir dónde nacer. Esas plantas están ahí porque sus ancestros habitaban aquí desde hace miles de años, cuando el desierto no era desierto, y conforme la temperatura fue subiendo, se fueron adaptando a ella. Si ahora sacaras a esta planta de aquí y la llevaras al bosque, moriría sin dudas, pues aunque haya ahí abundante agua, se ha acostumbrado a la que el desierto le provea, y no puede concebir otra forma de vivir.”

Una mañana escuchamos el canto de otras aves. Siguiendo el sonido llegamos a uno de los pocos árboles que habitaban en el desierto, el cual era flaco y en apariencia débil, pero al llegar y tocarlo comprobé que de hecho era resistente y eficiente para guardar líquidos en su interior. Mientras tanto, las aves seguían revoloteando. Eran más pequeñas que la que se había alimentado de la serpiente, pero volaban con velocidad igual y mucho más ruidosas.

Dijo mi guía:

“Se comportan así porque son sensibles al mundo, y sienten que dentro de poco habrá un viento fuerte. Han de resguardarse en este árbol, y tienen miedo porque el viento que viene es muy intenso, y usualmente se lleva volando sus nidos con sus huevos.”

Poco tiempo después, divisé a la distancia una enorme columna de polvo que se elevaba hasta el cielo. Los vientos empezaron suaves, pero rápidamente me atravesaron los primeros golpes de arena que se sentían como garras. Antes de darme cuenta, la pared de arena se abalanzaba contra nosotros, y no vi nada más que el dorado de las arenas rodear al mundo a mi alrededor, y siguió así hasta que la densidad fue tal que todo se volvió como la noche, y sentí mi cuerpo siendo aplastado y obligado a someterse contra el ardiente suelo.

Pasé mucho rato así, sin poder moverme. Si hubiera pertenecido yo a ese

mundo, y si hubiera tenido la necesidad de absorber oxígeno para mantenerme con vida, me habría encontrado con el mundo de los espíritus de ese planeta, pero por fortuna mi guía no tardó mucho en desenterrarme y sacarme de vuelta a los rayos del sol. Sacudiéndome la arena, comprobé con tristeza que el árbol había sido derribado, y de aquellas aves no quedaba rastro.

¿Estarán acaso debajo de la arena? ¿Habría tiempo de salvarlos? Casi con desesperación empecé a escarbar en la arena, esperando que el tiempo que habían estado sin oxígeno no fuera el suficiente para quitarles la vida, pero entonces mi guía me detuvo y me miró con lástima.

“No queda nada de ellos: el desierto los devoró. Sólo nos queda esperar que en algún otro lado otras aves similares hayan tenido más suerte, y que su descendencia sepa adaptarse.”

Seguimos nuestro camino hacia el otro lado del desierto, y mientras seguía contemplando el mismo paisaje árido y desalentador, iba preguntándome si, en caso de que hubiera alguna entidad trascendental controlando aquel mundo, no sería mejor ser un poco más piadoso con los que ahí habitaban.

Capítulo 5

Verano II

Se veían a lo lejos unos acantilados cuya caída daba al mar. El desierto comenzaba a ceder paso a nuevas plantas que con cada paso ocultaban la suave transición entre la arena y la tierra a nuestros pies, pero el calor de antes retrocedía con mucha más lentitud, casi golpeándome con la misma intensidad que a la mitad del desierto.

Pero entonces un brusco viento casi me hace saltar del susto; vino de la dirección de los acantilados, y sentí el olor salado de lo que se llamaba océano.

Dijo mi guía:

“Ese viento que sentiste indica que dentro de pronto un viento aún más terrible vendrá; es como si fuera su representante. Mucho más allá de los acantilados, tan lejos que nuestros ojos no alcanzarán a ver, lleva semanas formándose este nuevo viento, y ahora el océano le ha dado la fuerza suficiente para ponerse en marcha.”

Un nuevo golpe aire casi me hace levitar, y al mismo tiempo escuché a las aves cercanas chillar y alertar a las demás. Pronto todas habían alzado el vuelo en dirección opuesta a los acantilados, quedándome a contemplarlas hasta que no alcancé a ver a ninguna otra. La mayoría de las otras criaturas también parecían aterradas con cada nuevo vendaval que casi los arrastraba, pero a diferencia de las aves, no huían sino que se escondían. Me pregunté si eso significaba que, al igual que como había visto en el desierto, una gran cantidad de ellos perecerían ahí, a lo que contestó mi guía:

“Su naturaleza no es para escapar de la furia del viento, sino para intentar esconderse de ella. Aquellos que puedan se enterrarán en el suelo, esperando que lo peor pase sin que el viento se los lleve.”

Luego observé a los árboles y mi corazón se aceleró. Me acerqué a las hojas colgantes de uno y vi cómo un nuevo vendaval las arrancaba hasta dejar desnuda a la rama. Las plantas están atrapadas en la tierra, pensé en voz alta, y si no pueden escapar ni esconderse, entonces están condenadas a la muerte, y mi guía respondió:

“Las plantas están acostumbradas a que la realidad las golpee: si hay fuego, se queman; si hay herbívoros, se las comen; y si hay viento, las arrancan de sus nichos. Sí, miles morirán. Los árboles serán desarraigados, las flores serán despedazadas, cada pequeña hoja será arrebatada de su rama. Pero no te entristezcas, que en esta realidad rara vez la muerte no deja la esperanza para la vida, pues así como los vientos destrozarán a las plantas, también ayudarán a sus semillas a viajar hacia la lejanía, más allá que cualquier lugar donde pudieran llegar por otros medios, y si tienen algo de suerte, brotarán y serán fértiles en otro páramo, otra selva u otros montañas, darán sus semillas ahí y luego otro viento las llevará a otro lugar, y así por siempre hasta que hayan recorrido cada rincón de

este planeta.”

El siguiente viento fue mucho más fuerte; aún estábamos lejos de los acantilados, pero si suprimía mi vista por un momento podía sentir que una enorme masa de aire y agua rotaba vertiginosamente frente a mi rostro.

Nos detuvimos un rato bajo un árbol a descansar. Cada cierto tiempo, el viento hacía tambalear sus ramas y hojas. Tuve la impresión de que éstas buscaban desesperadamente despegarse del tronco al que estaban pegadas para salir huyendo con las aves.

El calor seguía siendo intenso durante los momentos de calma, tanto así que empecé a desear que los golpes de viento llegaran más seguido, pues aunque me aterraba su prospecto destructor, debía admitir que proporcionaban un refrescante alivio.

Creo que me distraje demasiado con mis pensamientos. Aún tenía frente a mis ojos la tormenta de arena enterrándome, a las criaturas que en un momento habían dejado de existir, y me imaginaba que ahora caminaban junto a los demás espíritus de antes. Debí pasar bastante tiempo hasta que caí en la cuenta de que hacía rato que no soplaban de nuevo el viento, y la incomodidad de no poderme refrescar del calor cedió paso a un nuevo alivio por imaginarme que aquél viento lejano se había detenido. Aunque me duró poco, pues en el cielo que se extendía por encima de los acantilados empezaron a verse densas nubes negras. Viendo mi desconcierto, mi guía explicó:

“Esta calma no un indicio de que los vientos han cambiado de planes, sino de ellos dándonos una última oportunidad para escondernos o escapar.”

Se levantó y siguió caminando hacia los acantilados. Yo lo seguí mansamente. Las nubes se hacían cada vez más grandes y oscuras, y conforme nos acercábamos a la caída comenzó a soplar un viento muy suave, tanto que una sensación placentera me envolvió, y me cuestioné si un viento que se decía tan destructivo podría crear este efecto. Pero mi vista no me engañaba, y ya comenzaba a ver cómo el mar empezaba a agitarse muy lentamente. Aún así, decidí sólo cerrar los ojos un rato y dejarme calmar los nervios con ese viento fresco.

Capítulo 6

Verano III

Un fuerte estruendo me hizo abrir los ojos. De entre las gruesas nubes oscuras brotaban potentes destellos de luz y salieron fragores ensordecedores que sentí hasta mi interior. Di un paso atrás, pero mi guía siguió con la vista en aquella tormenta, en silencio.

Empezó a caer el agua. Al principio apenas la noté, pero poco a poco las gotas empezaron a sentirse pesadas. Un nuevo viento fuerte chocó contra mi cara, pero esta vez no se detuvo como con los vientos de antes. Esta vez traía consigo más agua que se hizo pedazos contra mí. Sentí un fuerte empuje invisible, pero aun así caminé hasta estar junto a mi guía, con mi rostro empapado y apenas abriendo los ojos, pues el viento no dejaba de intentar cegármelos con su agua salada.

Mi guía, sin perder su pose solemne, dijo casi gritando a mi oído:

“El viento no perdona, pero su poder tampoco dura mucho. Ahora ruge y se siente imponente e imparable, y lo será por un tiempo, pero conforme se acerque a nosotros verás que se empieza a quedar sin fuerza, y al final acabará desvaneciéndose.”

Pero dichas palabras no me animaron, pues en ese momento estaba luchando sólo para poder ver y escuchar, y conforme pasaban los segundos la intensidad no hacía más que crecer. El empuje amenazaba con hacerme caer, por lo que con fuerza me aferré al brazo de mi guía, que al notar cómo el viento me zarandeaba me sujetó con fuerza, y nos dimos la vuelta para abandonar el acantilado antes de que el viento fuera imposible de resistir.

Vi entonces con asombro cómo los enormes árboles del bosque eran sacudidos, revoloteando las ramas de un lado al otro hasta doblarse y partirse. Su tamaño y grosor poco resistían el duro embiste del viento. También las hojas hacían lo imposible por aferrarse a sus nichos, pero su agarre no era lo bastante fuerte y salían disparadas hasta perderse a lo lejos.

Para ese punto el cielo se había puesto tan negro que la única luz era la de los destellos que venían de la propia tormenta. Eran breves pero intensos, dejando ver por escasos segundos la imagen de los árboles y plantas que batallaban por no caer. Y siempre eran seguidos por esos estruendos como rugidos que sentía como golpes dentro de mí.

El suelo rocoso se había humedecido tanto por el agua que empecé a resbalarme, lo cual los golpes de viento a mis espaldas también facilitaban. Di contra el suelo muchas veces mientras mi guía intentaba mantenerme de pie.

Pasamos al lado del bosque y nos dirigimos hacia la playa, pues mi guía tenía la intención de alejarnos de la tormenta y decía que era más seguro intentar huir que refugiarnos entre los árboles. Primero tuve la tentación de hacer caso omiso y buscar el árbol más alto y resistente que

encontráramos para escondernos debajo de él, pero en ese momento volví a ver más resplandores y escuché un sonido nuevo, como de algo muy duro quebrándose. Ambos volteamos a ver y comprobamos que varios de los árboles se habían caído; unos cuantos mostraban horrorosas heridas del momento en que fueron descuartizados por el filo del viento, otros tenían sus raíces expuestas sobre la tierra.

De ese modo vimos cómo el que parecía un bosque frondoso y lleno de árboles fuertes se iba derrumbando poco a poco. Seguimos avanzando con lentitud, recibiendo todo el tiempo agua salada en el rostro. Cada tanto volteábamos a ver cómo seguía el bosque, y siempre lo encontrábamos con menos árboles de pie.

A mi cara llegó volando algo tan duro que me hizo caer de lado. Mi guía me ayudó a levantarme y con dificultad, y ayudados por los resplandores del cielo, vimos que se trataba de un animal, de esos que, según mi guía, sólo podían vivir dentro del agua y que fuera de ella sólo les espera la muerte. Me dijo mi guía, gritándome al oído, que los fuertes vientos lo habrían arrancado de su hogar en algún lugar del océano, y que lo habían traído volando hasta esta costa. Sentí una profunda lástima al verlo ahí retorciéndose. No había tenido la culpa de que la tormenta lo hubiera atrapado y no era justo que muriera de ese modo.

Hasta entonces todas las muertes que había visto eran injustas; algunas eran un designio inevitable para mantener la vida de su depredador; otras eran tomadas por las circunstancias ciegas y frías del funcionamiento de ese mundo, sin nadie detrás a quien rendirle cuentas o pedir explicaciones.

En esta ocasión no quise ser indiferente; ese animal no había sido sacado del mar para que otro se lo comiera, y si su muerte no tenía propósito y podía ser evitada, quería intentar hacerlo al menos una vez.

Solté a mi guía y me apresuré a tomar en mis brazos al animal, que se retorció e intentó morderme en su lucha por zafarse de mí. Podría estar pensando que era un depredador que quería comérselo, como quizá la memoria de su genética lo ha programado, y tal vez no tenía la suficiente comprensión para vislumbrar que al caminar yo con él en brazos lo que intentaba era regresarlo a donde vino. El viento no dejaba de empujarme, como queriendo alejarme del mar. Enviaba agua y aire para cegarme; los pies se me hundían en la arena mojada, y el pez todo el tiempo intentaba liberarse de mí con todas sus fuerzas. Con mucha dificultad llegué al agua y me adentré en ella; combatí con las olas, que ahora se sumaban para buscar derribarme. Quería dejarlo a suficiente profundidad para que tuviera la oportunidad de nadar lejos, antes de que la tormenta pudiera atraparlo de nuevo y mandarlo a volar. Cuando creí estar a suficiente profundidad, lo solté y sentí cómo desapareció rápido en la oscuridad marina. Al entender que había terminado, fui consciente de la terrible negrura del mar y del cielo que había ante mí, como la enorme boca de un depredador que quería tragarme entero. Al mismo tiempo las olas se volvieron más intensas, perdí el equilibrio y caí de cabeza al mar. Durante los siguientes segundos sentí cómo el ímpetu de las olas me arrastraban violentamente, primero pensé que hacia la orilla, pero cuando por fin pude

asomar la cabeza fuera del agua, vi el bosque más lejos que antes. Empecé a entrar en pánico cuando dejé de sentir el suelo a mis pies y comencé a hundirme. No sabía qué había pasado y no tenía tiempo para pensar. Sabía que no podía morir, pero eso no me impidió sentir horror al verme descender al abismo negro del océano, que apenas se rompía por la frecuente intromisión de los destellos del cielo.

Justo cuando empezaba a darme cuenta de lo que había pasado, el brazo de mi guía me sujetó con fuerza y en unos instantes me había sacado del mar, arrastrándome sobre la arena hasta que pude caminar.

No dijo nada, sólo continuamos caminando lejos de ahí como lo había planeado. El bosque tenía ahora muy pocos árboles en pie, y parecía que los vientos se habían aplacado bastante. Las nubes ya no estaban tan negras tampoco, y a través ellas se dejaba entrar suficiente luz del sol para ya no depender de los destellos. Los gruñidos ahora era más débiles y esporádicos. Pero la muerte de la tormenta fue bastante lenta, tanto que incluso cuando nos alejamos lo suficiente como para salir al sol aún podíamos escuchar sus últimos rugidos a lo lejos. Una vez que sentimos que el viento ya no era un problema, nos detuvimos y mi guía me felicitó por ayudar a ese animal acuático, pero de inmediato me dijo que lo más probable es que ahora mismo esté muy lejos de su hábitat natural, y que había una gran probabilidad de que muriera de todas formas, principalmente porque la tormenta lo hubiera dañado demasiado y lo hiciera más vulnerable a otros depredadores.

Sentí lástima, pero aunque hubiera sido en vano, experimenté aunque sea una vez salvar una vida en ese mundo.

No quise en absoluto volver al bosque de antes sólo para saber si los seres que se habían ocultado habían sobrevivido, y en caso de haberlo hecho, qué sería de ellos ahora que gran parte del bosque estaba destruido, a lo que comentó mi guía:

“Muchos morirán por las consecuencias de la tormenta, no hay duda, pero ello también les obligará a pensar e intentar cosas nuevas. Los que tengan éxito y logren superar ésta y futuras calamidades, heredarán el futuro.”

Sólo me quedaba una duda: ahora que había roto mi idea original de no interceder en las dinámicas de este mundo, ¿podría hacerlo de nuevo? A lo que respondí mi guía.

“Si quieres interceder más, no me opondré si no afecta mucho a la realidad. Pero no te entusiasmes; este mundo no puede ser mejorado sólo evitando algunas muertes o paliando un poco el sufrimiento; el motor que hace a este mundo ser lo que es seguirá en marcha lo queramos o no.”

Me quedé un poco más calmado, y el resto de nuestro viaje hacia nuestro próximo destino me la pasé intentando recordar que no debía permitirme el apegarme demasiado a ese mundo.

Capítulo 7

Otoño I

Me llevó mi guía hacia un enorme valle donde las hojas de los árboles, según me explicó, se preparaban para morir. Pero lejos de ser aquello algo triste, debía verlo como que ya habían cumplido su función y se entregaban a su descanso, con la promesa de que después otras nacerían para ocupar su lugar. Es así que me hallé inmerso entre millares de hojas volando arrastradas por el viento, pero a diferencia de la arena en el desierto, que sentí como pequeñas mordidas en mi cuerpo, esta vez el viento las mecía con suavidad como intentando usarlas para acariciar. Las hojas estaban también perdiendo sus colores verdes, y poco a poco se tornaban amarillas, naranjas, rojas e incluso algo rosadas. Tuve que hacerme a la idea de que, tanto a mis pies como frente a mis ojos, las hojas disfrutaban de ese estado y no les importaba que mis pies las aplastaran o que de tanto en tanto tuviera que apartarlas de mi cara a la fuerza cuando intentaban cegarme.

Muchos de los animales que ya había visto antes también retozaban entre las hojas. Me explicó mi guía:

“Mira como esa pareja de mamíferos reúne las hojas con sus grandes bocas y las llevan hasta su madriguera. Ahí, las usarán para tener un poco más de resguardo del frío cuando el sueño largo se los lleve. Además podrán comer de ellas para sobrevivir durante ese sueño largo. Así las hojas cumplen con un propósito no sólo en vida sino también en la muerte.”

Llegamos después a una zona donde los árboles, a pesa de carecer de hojas, todavía tenían frutos colgándoles de las ramas. Éstos eran muy redondos y naranjas, de consistencia jugosa y aterciopelados al tacto. Muchos yacían a los pies de los árboles y emitían un aroma fuerte que atraía a muchos herbívoros que tranquilamente se alimentaban de ellos. Mi guía tomó uno de dichos frutos y me lo ofreció:

“Este fruto tiene una propiedad especial: cuando se cae naturalmente de su árbol y se espera unas horas, produce lo que yo llamo la felicidad inmerecida. Al comer varios de ellos, la percepción del mundo cambia un poco, y con ella los sentimientos también. El mundo se volverá más interesante y sorprendente; cada color y forma será placentera a los sentidos, y querrás comer más y más de ella hasta que dejes de tener control de tu cuerpo y te hagan dormir.”

Movido por la curiosidad, tomé la fruta y la comí para experimentar esa felicidad inmerecida. Tenía un sabor entre amargo y dulce, no muy agradable pero dejaba una sensación curiosa en la boca. Fui al lado de los demás animales y seguí comiendo de las frutas que había en el suelo, mientras mi mente seguía pensando en las hojas que en algunas zonas creaban un lecho tan denso que las frutas no tocaban la tierra.

No tardé mucho en sentir una emoción desconcertante cuando seguí el

vuelo de las hojas sobre mi cabeza. El movimiento me pareció grácil, liberador y ensoñador, y sin darme cuenta imité su movimiento desde mi posición en el suelo. Seguía comiendo la fruta y el azul del cielo, que a mi llegada a ese mundo me había parecido extraordinario, lo vi todavía más sorprendente, tan al alcance de la mano, pero nunca podía tocarlo. Seguí comiendo la fruta y miré el colorido lecho de hojas a mis pies, y me entretuve con el sonido que hacían cuando se despedazaban sobre mi peso, y una parte de mí se imaginó que gritaban de dolor y tuve ganas de llorar. Me senté suavemente sobre ellas y otros animales vinieron a hacerme compañía, cada uno con su respectiva fruta, y se revolcaron sobre las hojas como si de agua se tratara. Seguí comiendo la fruta y me atreví a hacer lo mismo; agarré un montón de hojas y las lancé al cielo para sentirme empapado de ellas; di vueltas mientras el viento me las regresaba a la cara o se las llevaba lejos e intentaba atraparlas en el aire. Me hundí en los gruesos montículos que se formaban como consecuencia del viento y de mi andar descuidado. Seguí comiendo la fruta y vi cómo los animales parecían tropezarse y caerse, pero no parecía que el viento fuera lo suficiente para empujarlos como lo había sido en la tormenta. Yo también me sentí caer y me reí porque no entendí porqué no podía caminar bien. Caí una y otra vez sobre las hojas y me levantaba. Con mucho esfuerzo logré mantener el equilibrio y andar un poco más lejos. Pero seguí comiendo la fruta y el bosque empezó a moverse sin que yo lo hiciera. Un momento veía un árbol en frente de mí y sentía muy claramente que alguna fuerza extraña lo empujaba hacia la izquierda sin que se moviera en realidad. Me reí muy fuerte de lo impresionado que estaba por ese efecto tan curioso de la realidad, y seguí preguntándome cómo es que el mundo se movía a pesar de estar seguro de que todo permanecía en su mismo lugar. ¿Era en verdad posible sentir el movimiento mientras se estaba consciente de lo estático? Como si contestara a mis pensamientos, mi guía dijo:

“No olvides que todo cuanto percibes es un engaño. La fruta te altera para que puedas experimentar la realidad desde el adormecimiento de los sentidos. Nada es confiable mientras estés así, ni lo que ves desde afuera ni lo que sientas desde adentro.”

Y yo sólo asentía porque me parecían palabras de gran sabiduría. Si mi guía me hubiera pedido que me trepara a un árbol y aleteara como ave para volar, sin duda lo habría hecho, o al menos lo hubiera intentado según me lo permitiera mi cuerpo. Sólo de pensar en eso me hizo ir hasta un árbol y apoyarme en él, pero no tenía fuerza para impulsarme hacia arriba. A mi lado otros animales parecían haber tenido la misma idea que yo, y por primera vez les hablé, preguntándoles si podían ayudarme a subir, y no respondieron nada; sólo se quedaron ahí moviéndose al mismo tiempo que permanecían estáticos. Pero yo creí que me miraban raro, como si adivinaran que yo sólo era un visitante que no tenía idea de su mundo, y que les divertía que yo no entendiera y que tuviera un comportamiento extravagante. Les conté de otras realidades que había visitado, y cómo ahí se reírían de lo que ahí entienden como muerte, comida, agua, o incluso el movimiento. Les hablé de cómo ellos serían ahí

los extraños comiendo sus frutas y apagando sus sentidos. Y creo que los vi reírse porque no me creían y me sentí indignado, y les dije que así como al comer esa fruta percibían una realidad falsa, esta realidad falsa era la verdadera en otro mundo, y que ahí al comer otra fruta lo verían todo como aquí se entiende la normalidad, pero se rieron más y me disgustaron. Me disgustó la forma, los sonidos, los colores, el hecho de que todo se moviera hasta el punto en el que ya no era consciente de que en realidad todo estaba quieto. Pero seguía comiendo la fruta y lo vi todo más detallado; cada arruga de cada hoja, cada dibujo natural en los cuerpos de los árboles, cada pelaje y pluma de los animales que poco a poco yacían a los pies de los árboles, fue todo cada vez más y más detallado hasta que de repente se volvió todo mucho más brumoso. Me caí y no pude volver a levantarme, pero seguía comiendo la fruta casi por instinto, y aún arrastrándome sobre las hojas extendí la mano para coger otra. Entonces otro estado empezó a apoderarse de mí, que no había experimentado durante toda mi estadía en ese mundo. Todo dejó de importar; sólo quería quedarme quieto; los pensamientos y reflexiones dejaron de surgir en mi mente y deseé no poder pensar en nada. La energía me fue abandonando conforme surgían en mis recuerdos las visiones de todo lo que había experimentado hasta ese entonces. Vi de nuevo a los animales apareándose y a los bebés naciendo, a los depredadores cazando, a las formas de vida muriendo, a los espíritus marchando, la tormenta de arena y de agua, todo eso al mismo tiempo sin forma, sin principio ni fin, creyendo por momentos que todo aquello no había sido más que una invención mía. Intenté comunicarme con mi guía para que me explicara, pero no pude fonar de tan entumecido que me sentía. Afortunadamente, él pareció comprender, y poniéndose a mi lado dijo cosas que no recuerdo ya, pues su imagen y su voz dejaron de tener sentido en mi cabeza hasta que, en algún momento, dejé de funcionar, por así decirlo.

Rato después, cuando la realidad volvió a ser perceptible, seguía en la misma posición, sólo que ahora sentía incomodidad en todo el cuerpo, como si el mero hecho de moverme me causara sufrimiento. Mi guía se había sentado a mi lado y dijo que me había desvanecido por varias horas, y aunque poco a poco me iba recuperando de los efectos de la fruta, faltaría algún tiempo para retomar el control completo de mi cuerpo y mente, y continuó diciendo:

“Digo que esta es la felicidad inmerecida porque no te la has ganado con tu esfuerzo; no hiciste más que consumir una fruta. Nuestra realidad es muy quisquillosa cuando se trata de la felicidad; aquella que es una recompensa producto de nuestra grandeza es profunda y significativa, siempre animándonos a superarnos para volver a sentirla. La sienten los depredadores que han logrado cazar, las presas que han logrado sobrevivir, los padres que han criado a sus hijos, los que han evitado el peligro o encontrado un lugar mejor. Esa es la felicidad importante en nuestro mundo. Por otro lado, la felicidad inmerecida es vacía y sólo para un placer momentáneo; la puede sentir el animal mediocre que no conoce del mundo, la siente el macho que nunca ha atraído a una hembra, la

siente la hembra que nunca ha parido a una cría, la siente el depredador exitoso y el fracasado, la siente el que ha conseguido una vida mejor o una peor. Esta felicidad es castigada con lo que sientes ahora; una pesadez en el cuerpo apenas los efectos te han abandonado. Durante un tiempo sentirás que no quieres volver a comer la fruta, porque sabes el sufrimiento que te proporciona después. Pero eventualmente tu cuerpo olvidará o le dejará de importar esta sensación y volverá a desear comer la fruta, y el ciclo se repetirá una y otra vez. Si te dejas atrapar en él, no sobrevivirás mucho tiempo; dejarán de tener sentido las luchas importantes que te llevarán a una felicidad real y merecida; te acostumbrarás a que la felicidad se encuentra fácilmente sólo con tomar una fruta. Debes aprender a resistir la felicidad fácil y aceptar que la felicidad verdadera es dolorosa de conseguir. O al menos así lo es por ahora. No descarto, e incluso ansío, que llegue un día en que sea posible romper este molde tan cruel, y que no haya diferencia entre la felicidad merecida y la inmerecida.”

Y mientras mi guía hablaba, yo contemplaba con cierta dificultad a las mismas hojas que durante toda mi travesía por la visión deformada de la realidad no habían dejado de ser mecidas por el viento; el bosque no había detenido ni por un momento el baile de las hojas sobre la tierra. Toda la realidad había seguido su marcha imperturbable, totalmente ajena e indiferente de las nuevas sensaciones y exploraciones facilitadas por aquella fruta extraordinaria. Ahí entendí que a esa realidad, aunque nos ofrezca maneras de contemplarla deformadamente, no se preocupa por lo que sus habitantes piensen ni cómo la perciben. Era una realidad que no debía ser ignorada, pero a la vez nos otorgaba mecanismos para ignorarla.

Era cruel, mi guía estuvo de acuerdo; pero nadie podía rebelarse todavía.